EL HERALDO

N°16 FEBRERO 2025

CURIOSIDADES SOBRE VILLANOS

Amor en tiempos de San Valentín

VILLANOS EN LA LITERATURA

EL REINO OLVIDADO
"club de escritores"

Indice

Villanos en la Literatura 3
Curiosidades literarias sobre villanos 4
Alegato de un lobo 5
Joker 7
La maldición de una venganza 12
Adrenalina 16
La masacre de Texas 20
Navajas 23
Amor en tiempos de San Valentin 26
Sediento de ti 28
Enamorados y un piano 29
Dejame soñarte 31
Un loco en la colina 32
El poema de la guerra 34
Pájaro enamorado 35
Eres belleza para mi mundo 36
Si supieras 41

VILLANOS EN LA LITERATURA

Toda historia de ficción clásica y contemporánea tiene como protagonistas a dos personajes centrales: el héroe y el villano. Hoy nos ocuparemos de la figura del villano, aquel que representa a personajes de ficción o, quizá, personajes novelados en dramas y melodramas que ejercen la maldad deliberadamente y que se enfrentan al héroe.

Una característica esencial de estos personajes es la maldad, con la cual busca llamar la atención del lector y descubrir el origen de por qué ese personaje es así, así como los factores o motivos que lo llevaron a tomar esa decisión.Otra razón es el atractivo de estos antihéroes, personajes que rompen con las normas sociales y se asocian con el dominio, la confianza y la toma de riesgos.

Entre los villanos clásicos no podía estar ausente el más famoso de los monstruos jamás creados: el vampiro por antonomasia, nuestro querido y temido conde Drácula, de la novela de Bram Stoker.Basado en varios personajes históricos, como Vlad Tepes, «El Empalador», o Elizabeth Báthory (conocida como «La Condesa Sangrienta», porque esta sí bebía sangre humana de verdad), el primer Drácula literario es un auténtico villano: sin escrúpulos, cruel y maligno de los pies a la cabeza.

Lady Macbeth, cegada por la codicia y la ambición, empuja a su esposo, Macbeth, a una serie de conspiraciones y asesinatos para garantizarle el trono. La mujer lo transformará en un tirano, y deberá confrontar cara a cara su propia codicia. El retrato de la crueldad de Lady Macbeth es descrito con lujo de detalles por William Shakespeare.Estos son algunos de los tantos villanos que pululan por los universos literarios, a los cuales invitamos a los lectores a descubrir.

Ariel Sosa Mansilla

CURIOSIDADES LITERARIAS SOBRE LOS VILLANOS

1. El estereotipo de villano rubio de ojos azules pasó a ser muy conocido tras la Segunda Guerra Mundial. Este arquetipo de personaje esconde un arrogante sentido de superioridad y viles ambiciones de hacer sufrir a los «inferiores».

2. Recientemente, hay un extraño estereotipo: el albino malvado. Se trata de un villano que muestra varios rasgos físicos normalmente asociados con el albinismo (como piel blanca, cabello rubio platino y ojos azules o rojos), aunque no necesariamente tenga tal condición.

3. Los villanos constituían entonces lo más cercano a la clase media en su época medieval, dado que no pertenecían a la nobleza (aunque podían llegar a integrarse a esta) y tampoco a las clases más subyugadas: los parias, los esclavos y los proletarios. La palabra «villano» comenzó a convertirse en sinónimo de maldad desde ambos extremos de la escala social: desde los esclavos, parias y proletarios, quienes se veían más subyugados por estos que por la nobleza; y desde la nobleza, que veía en los intentos de ascenso social de los villanos un acto ofensivo e incluso amenazante.

4. Jorge Luis Borges, a la hora de escribir Historia universal de la infamia, presentó en sus páginas una serie de personajes como el atroz Lazarus Morell, redentor de esclavos; Tom Castro y su inestable identidad; la aguerrida viuda de Ching, comandante de cuarenta mil piratas; Monk Eastman, pistolero de los Gangs de Nueva York; el asesino Billy the Kid, de Arizona; Hákim de Merv, tintorero enmascarado del Turquestán; y el inaccesible maestro de ceremonias Kotsuké, funcionario japonés, al que se suma el magnífico relato de cuchilleros porteños Hombre de la esquina rosada, clásico en la literatura borgiana.

5. La literatura ha dado origen a los villanos, y estos se han transformado en personajes icónicos del cine, como Hannibal Lecter (El silencio de los inocentes), Lord Voldemort (Harry Potter), Sauron (El señor de los anillos), entre otros.

ALEGATO DE UN LOBO

Mucho se habla de la naturaleza humana. Si cometen errores, si tienen defectos, pues no es más que la naturaleza del hombre. Pero no es de los hombres de quienes quiero hablar hoy, vengo para hablar sobre los lobos. Y es que nunca he oído decir: «Claro, eso iba a pasar, así es la naturaleza de un lobo». Al contrario, los villanos somos siempre nosotros. Y me atrevería a decir, sin chovinismo alguno, que somos mucho mejores que los humanos. Para empezar, solo cazamos por necesidad y consumimos solo lo necesario. Cuidamos a nuestros heridos; si hay algún miembro de la manada perdido, no descansamos hasta encontrarlo. Somos leales y, aunque no lo crean, también lloramos. Celebramos cuando nos reencontramos y cantamos todos juntos. Evitamos la violencia a toda costa. Y, aunque seamos fieros, también somos solidarios.

Ahora yo me pregunto: ¿por qué tenemos que ser los malos de los cuentos infantiles? Fieras asesinas en películas de adultos. Y la mayor abominación de todas: los hombres lobo. Tiemblo cada vez que veo esa combinación aberrante entre un humano y mi especie.

No podía dejar de mencionar que somos sumamente fieles. Una loba y un lobo se unen para siempre y protegemos nuestras crías ferozmente. Realmente me daría mucho miedo convertirme en un hombre: todos mezquinos y ambiciosos. Prefiero convertirme en el animal que más temo: un cocodrilo.

Ahora resulta que los malos somos nosotros, y hasta hay un término para decir lo malo que somos: el lobo feroz. Yo no soy el lobo de Los tres cerditos, que, por cierto, les manda saludos. Tampoco soy el pobre lobo que tuvo la desdicha de encontrarse con la niña de la capa roja. El pobre, desde que fue acusado injustamente de comerse a la abuelita (cualquiera puede darse cuenta de que eso es imposible) y, por si fuera poco, luego a la niña, está deprimido. No soy Zeke Midas ni su hijo, La lobito, que, por cierto, ya ha crecido y es todo un lobo de bien: leal e inteligente.

Yo soy uno de los lobos que estaba cuando el monstruo quiso llevarse a la joven en el bosque. La Bella y la Bestia, creo, se llama la película que hicieron de aquellos hechos, que, por cierto, está muy mal contada. En ningún momento quisimos los lobos, aquella noche, comernos ni atacar a la joven. Estuvimos siempre defendiéndonos de aquel animal enorme, fiero y extraño que se la quería llevar a toda costa.

Pido que se haga justicia. Necesitamos ser emancipados de tantas continuas injurias.

Atentamente:

Un lobo.

Anniabel Martínez Gómez

JOKER

Me llamo Joker y hoy, mientras contemplo el reflejo distorsionado de mi sonrisa en un charco de químicos derramados, decido contar mi historia. No es una historia de hadas ni de tragedia clásica, sino una tragicomedia en la que la ironía y el caos se funden en una carcajada interminable.

Todo comienza en una noche oscura en Gotham, cuando la ciudad parecía más aburrida que nunca. Yo era un hombre normal, un pequeño comediante frustrado que soñaba con hacer reír a la gente, pero que jamás logró hacerles olvidar sus penas. (Ríe con amargura). Mi vida se resumía en chistes malos y en la sensación de que el mundo me pasaba por encima.

—¡Vamos, tío, anímate! —me decía a mí mismo en el espejo, intentando arrancar una sonrisa genuina—, que la vida es una broma, pero tú aún no la entiendes.

Una noche, con mi viejo traje algo descolorido y la esperanza hecha trizas, acepto un trabajo que cambiará mi destino. Unos criminales me contactan para que los ayude a asaltar la planta química de Ace Chemicals. Me prometen el dinero suficiente para dar un vuelco a mi carrera de payaso sin futuro. Con el entusiasmo de un aprendiz de ilusionista, acepto el encargo.

—Oye, ¿seguro que esto es buena idea? —pregunta un cómplice mientras me mira con desconfianza.

—¡Confía en mí, muchacho! —respondo con una carcajada—. La vida necesita un poco de color, ¿no crees?

La noche del atraco es caótica, casi tan caótica como mis chistes. Batman, ese murciélago obsesivo, aparece de la nada, impidiendo que la operación siga su curso. En medio del pánico, corremos por los pasillos de la fábrica y, en un giro inesperado, salgo corriendo hacia una

gigantesca tina de productos químicos. Sin pensarlo dos veces, salto y, en un instante, mi destino queda sellado.

El ácido me recorre el cuerpo, mis ropas se deshacen y mi rostro se transforma en una máscara de horror y, al mismo tiempo, en una sonrisa permanente. (Se escucha un sonido chispeante y burbujeante). Cuando salgo del agua, ya no soy el mismo. Mis ojos brillan con una luz retorcida y mi piel es tan blanca como la porcelana rota. La risa que antes se ahogaba en el desaliento ahora estalla sin control, retumbando en cada rincón de mi ser.

—¿Qué me ha pasado? —grito, pero mi voz se mezcla con una risa incontrolable que me resulta a mí mismo desconcertante.

Ese día, mientras el caos se cierne sobre la fábrica, decido abrazar mi nueva identidad. El destino, o tal vez la ironía del universo, me ha hecho un regalo: un rostro que provoca terror, una sonrisa que nunca se borra y la libertad de reírme de todo, incluso de mí mismo.

Poco después, me presento ante la ciudad como el Príncipe Payaso del Crimen. Mi primera aparición en las calles de Gotham es inolvidable: me paro en la plaza central, en medio de una multitud confundida, y pregunto con voz resonante:

—¿Quién quiere reírse de la miseria de la vida? ¡Yo les aseguro que la risa es la única salvación en este mundo podrido!

Entre la gente se escucha un murmullo. Algunos se ríen nerviosamente, otros me miran con temor. Pero yo sé que he dado el primer paso para convertir mi tragedia en comedia. Esa noche, mientras el eco de mi risa retumba por las callejuelas, me doy cuenta de que he encontrado mi propósito.

Una semana después, me encuentro cara a cara con Batman en un callejón oscuro. El Caballero Oscuro, siempre tan serio y meticuloso, me mira con una mezcla de compasión y repulsión.

—Joker, ¿qué te ha pasado? —pregunta con voz áspera.

—Oh, Bats, ¿no lo ves? —respondo, ladeando la cabeza con una sonrisa retorcida—. La vida me dio ácido y yo simplemente decidí convertirlo en arte. ¡Mira mis cicatrices! Cada una es un recordatorio de que el humor nace del dolor.

Batman frunce el ceño, pero no logra comprender la lógica absurda de mi transformación.

—No puedes seguir justificando tus crímenes con chistes, Joker. ¿Acaso crees que la gente se reirá de la tragedia? —me dice, intentando mantener la calma.

—¡Ah, Bruce! La tragedia es la materia prima de la risa, y la risa es mi arma favorita —digo, soltando una carcajada que retumba en el silencio de la noche.

Esa noche, en un viejo teatro abandonado, decido celebrar mi nueva existencia. Organizo un espectáculo macabro donde los criminales y marginados de Gotham se reúnen para reírse del sistema, del dolor, de la injusticia. Entre el público, se mezclan viejos amigos y nuevos secuaces. Harley Quinn, siempre fiel a mi lado, me acompaña con su inconfundible mirada enloquecida.

—Cariño, nunca pensé que vería el día en que un payaso se convirtiera en el alma de la fiesta —dice Harley, dándome un beso en la mejilla.

—Harley, mi querida, la vida es una comedia, y nosotros somos los protagonistas de esta tragicomedia —respondo, haciendo una reverencia exagerada mientras el público aplaude.

La velada es un éxito rotundo y me doy cuenta de que mi risa contagiosa ha logrado unir a aquellos que siempre han sido olvidados. Es en ese instante que comprendo que mi transformación no fue solo una consecuencia del accidente en Ace Chemicals, sino el

resultado de un destino ineludible: el mundo necesitaba un villano que desafiara la seriedad de la existencia, que recordara a todos que hasta en la más oscura tragedia puede florecer el humor.

Cada día me levanto con la misma certeza: el caos y la risa son los ingredientes esenciales para romper las cadenas de la opresión y la mediocridad. Mientras Gotham se sumerge en la rutina de su miseria, yo, Joker, me deleito en recordarle a la gente que la vida, por absurda que sea, merece ser vivida con una sonrisa permanente.

—¡Vamos, Gotham! —grito en la oscuridad, mientras mis secuaces se dispersan por la ciudad—. Hoy reímos, mañana, ¿quién sabe? Pero siempre reiremos, porque el humor es eterno.

Así, en cada esquina, en cada callejón, mi risa se mezcla con el eco de las voces olvidadas. Y aunque muchos me llaman loco, yo sé que la locura es solo una etiqueta que le ponen a aquellos que se atreven a ver el mundo de otra forma.

Contemplar mi reflejo me llena de orgullo y tristeza a partes iguales. La ironía de haber sido un simple comediante que falló en su intento de alegrar a los demás, para luego transformarme en el villano más icónico de Gotham, no pasa desapercibida. Pero en mi interior, esa fusión de tragedia y humor es la única verdad que importa.

Hoy, mientras camino entre la multitud y los gritos de júbilo y terror se confunden, sé que mi camino es irreversible. Mi historia no es la de un hombre común; es la de un payaso que, al caer en un tanque de químicos, encontró la llave para liberar a una ciudad adormecida por la rutina. Y aunque el mundo intente explicarme que he perdido la razón, yo respondo con mi inconfundible risa:

—¡La vida es una broma, y yo soy el chiste que no termina de hacerse!

Porque entre risas y lágrimas, mi leyenda se forja cada día, en el presente, en el caos y en el humor. Porque en este mundo, lo único que es serio es reírse sin parar.

Nelson Pérez

LA MALDICIÓN DE UNA VENGANZA

Vlad Drăculea, príncipe de Valaquia, era un hombre noble, muy respetado por su pueblo. Pero su corazón estaba marcado por la muerte de su única hija. Atormentado por su pérdida, Vlad juró que encontraría la manera de traerla de vuelta. Buscó desafiar a la muerte misma, explorando conocimientos prohibidos, desde la alquimia hasta los textos más oscuros de la nigromancia.Sin embargo, su obsesión atrajo la atención de la Iglesia. Los sacerdotes y nobles vieron con horror sus experimentos y, temiendo que desafiara el orden divino, decidieron castigar su osadía de la manera más cruel. Acusaron a su esposa de brujería, alegando que era la fuente de sus herejías, y la sentenciaron a morir en la hoguera.

Vlad presenció impotente cómo su esposa era consumida por las llamas, su grito de dolor convirtiéndose en el eco que lo perseguiría por el resto de sus días.

Uno de los soldados de la Iglesia, con una sonrisa cruel, alzó la voz por encima del crepitar del fuego:

—Que sirva esto de lección para aquellos que desafían la voluntad de Dios. ¡La herejía muere en la hoguera!

Vlad cayó de rodillas, sus manos clavadas en la tierra húmeda. Su mirada se alzó al cielo, donde los truenos rugían con furia. Sus labios se entreabrieron y su voz se tornó un murmullo helado, una promesa envuelta en odio:

—Juro por su sangre que ninguno de ustedes verá el amanecer. Clamarán por la piedad que le negaron. Y cuando sus almas ardan en la oscuridad, sabrán que fui yo quien los condenó.En ese instante, su fe se quebró y su alma fue devorada por la ira. Comprendió que el poder no solo era necesario para revivir a su hija, sino también para castigar a los responsables de su sufrimiento. Con el corazón ennegrecido por la venganza, se sumergió aún más en la oscuridad, dispuesto a hacer cualquier sacrificio con tal de obtener la fuerza que necesitaba.

En su desesperación, Vlad se adentró en las criptas más profundas de su castillo, donde reposaban textos olvidados por los siglos. Entre el polvo y las ratas muertas, encontró un libro maldito, encadenado y envuelto en lo que parecía ser piel de dudosa procedencia. En la primera página, unas letras desgastadas advertían: “Aquel que profane y viole las prohibiciones de estas letras pagará con su vida”. Vlad ignoró la advertencia y continuó.

Al abrir sus páginas, descubrió un ritual antiguo, un sacrificio de sangre que prometía otorgarle una fuerza sobrehumana. Creyó que con ese poder podría destrozar a sus enemigos y desafiar a la muerte misma para traer a su hija de regreso.

Bajo la luz de velas moribundas, con cuchillas y encantamientos susurrados en lenguas muertas, Vlad llevó a cabo el ritual. La tierra tembló, el aire se tornó espeso y un frío sobrenatural envolvió la cripta. El hechizo funcionó, pero a un precio terrible: su cuerpo se transformó en algo más fuerte y veloz que cualquier ser humano, pero su alma comenzó a marchitarse. Su piel palideció, sus colmillos se afilaron y una sed desconocida nació en su interior.

Antes de que pudiera saciar su venganza, una voz demoníaca, profunda y resonante, se alzó desde la penumbra. No provenía de ningún ser visible, sino de la propia oscuridad que lo envolvía.

—Iluso —susurró la entidad, con un tono que parecía quebrar la realidad—. Creíste que podrías desafiar el orden natural… Pero la muerte es inmutable. Tu hija jamás volverá. Has sellado tu destino.

Vlad sintió un escalofrío recorrer su piel pálida. Su cuerpo era más fuerte que nunca, pero algo en su interior se desgarraba.

El último rastro de su humanidad se desmoronó al enterarse de que su esposa, en su última noche, le dejó una carta oculta que una sirvienta fiel le entregó. En ella, le rogaba que no se entregara a la oscuridad, que su hija debía descansar en paz y que su amor no podía sobrevivir al odio.

Pero ya era demasiado tarde. Vlad no podía dar marcha atrás. Su sed lo consumía, su cuerpo ya no era el de un hombre y la ira en su corazón era más fuerte que cualquier súplica. Aquella noche, la venganza y el horror se convirtieron en su única compañía.

Con lágrimas de dolor, furia y odio en sus ojos, salió volando de su castillo, surcando el cielo como una sombra maldita. La tormenta rugía a su alrededor, los relámpagos iluminaban su rostro transformado y su juramento de sangre resonaba en la oscuridad.

Uno a uno, los responsables de su sufrimiento cayeron bajo su furia. Los sacerdotes que condenaron a su esposa fueron los primeros en desaparecer. Los nobles que aplaudieron su castigo fueron encontrados desangrados en sus propios palacios. Los campesinos, al llegar al templo, encontraron los cuerpos yaciendo desangrados, drenados como cascarones vacíos sin alma.

El terror se apoderó de Valaquia, y el nombre de Vlad dejó de ser el de un príncipe para convertirse en el de un monstruo.

Parado frente a la tumba de su hija, con sus prendas empapadas en la sangre de sus enemigos, Vlad sintió el peso de su venganza. Había eliminado a cada uno de ellos, pero el dolor no cesaba. Sus manos temblaban, no de miedo ni de rabia, sino de una tristeza que nunca se iría. Comprendió la verdad más cruel: su búsqueda de poder solo lo había condenado a la soledad. Ya no quedaba nadie a quien amar, ni nadie que pudiera amarlo.

Siglos después, seguía vagando por el mundo, convertido en una sombra errante, incapaz de encontrar descanso. Buscaba su reflejo en espejos rotos, pero no veía más que el vacío de su condena. Buscó en otras almas el consuelo de su amor perdido, pero ninguna mirada, ningún susurro pudo llenar el abismo que lo consumía.

El mundo lo conocería como el Señor de la Noche, el príncipe de los vampiros, Drácula, pero esos títulos eran solo máscaras de su verdadera tragedia. Su maldición no era solo la sed insaciable de sangre, sino el eterno eco del llanto de su hija, de la súplica de su esposa, de las vidas que tomó sin hallar alivio.

Su inmortalidad no le otorgó poder, sino una eternidad de sufrimiento. Y así, entre sombras y susurros, Drácula se convirtió en la más desgarradora prueba de que la venganza nunca devuelve lo que se ha perdido.

Wagner Ricardo Guerra Capuena

ADRENALINA

Mi nombre es Sara Parker. Soy escritora y, hasta hace unas semanas, mi vida era completamente normal. La típica escritora que busca aventuras desenfrenadas para luego plasmarlas en sus escritos. Me encanta experimentar la adrenalina, los retos, lo desconocido… Hace algún tiempo que vengo buscando algo intenso, que me erice la carne y me haga temblar de emoción. Una historia romántica, pero a la vez peligrosa, con alguien que me haga vibrar. Quiero ser yo su protagonista. Nadie más. Lo quiero sentir en mi imaginación, en mi corazón, en mi piel…

Así que me di a la tarea de buscar un personaje que me gustara, que fuera varonil y muy excitante. Pensé primero en Voldemort, ese mago oscuro obsesionado con la inmortalidad y el poder, pero no lo consideré muy sexy. Entonces pensé en un vampiro. ¿Podría ser… Drácula? Ese sí es un verdadero villano. Me encanta porque es símbolo del miedo, la seducción, la intriga y la oscuridad.

Las horas pasaban mientras devoraba libros que contaban su historia. No quería al Drácula de Bram Stoker ni al de las películas clásicas. Yo quería al verdadero. Tenía que existir en algún rincón del mundo, tal vez en un lugar inédito…

Mi búsqueda me llevó a Rumania, al castillo de Bran, el supuesto hogar de Vlad Tepes, el príncipe que inspiró la leyenda. No esperaba encontrarlo ahí, pero era un buen punto de partida. Tal vez, en su espacio y su mundo, reviviría esa historia fascinante y la recrearía aún más real y cercana. Me inscribí en un recorrido nocturno, buscando señales o algo que indicara que no todo era una simple atracción turística.

Llegar a ese lugar fue como detenerse en el tiempo. Un castillo enorme con unas vistas impresionantes y una vegetación exhuberante. En un descuido del guía, entré a una habitación apartada. Y fue entonces cuando comenzó todo. La habitación era pequeña, oscura, y tenía un ventanal desde donde se veía la luna llena. Se respiraba peligro, asombro y, por qué no decirlo, excitación.

Mi corazón latía a toda prisa. Hiperventilaba, aunque trataba de controlarme.

—Me has estado buscando, lo intuyo, y creo que habría sido un pecado no venir a tu encuentro —me dijo.

Estaba muerta de miedo. Esto era lo que había buscado, pero al verlo, ya no estaba tan segura. Sin embargo, aunque me congelaba su presencia, quería seguir ahí, viéndolo y escuchándolo.

Me giré hacia él y lo observé detenidamente. Ahí estaba mi Drácula, más real de lo que imaginé. Alto, de mirada intensa, con un porte que desafiaba el tiempo mismo. Sus labios sonreían, pero con una sonrisa macabra, diría yo. Sus ojos, oscuros como la noche, brillaban con deseos de diversión… y hambre.

—¿Drácula? —No sé ni cómo logré mencionar su nombre.

—Drácula no —dijo, haciendo una especie de reverencia mientras se inclinaba hacia mí—. Vlad.

Mi piel se erizó, mas no huí. No grité ni corrí. En el fondo, esto era lo que deseaba.

Los días siguientes fueron un torbellino de emociones. Nuestros encuentros nocturnos eran casi diarios. Disfrutaba cada momento y, en ellos, el tiempo parecía detenerse. Me sedujo con su voz profunda, con sus historias de siglos de poder, soledad y sangre. Me llevaba a lugares ocultos que solo él conocía, donde el mundo parecía desaparecer. Me enseñó que la eternidad no era una maldición, sino un regalo.

—Podría darte todo, Sara —me susurró una noche, con sus labios rozando mi cuello—. Serías mía para siempre.

Temblé. No de miedo, sino de deseo. Claro que quería ser suya. Eso era lo que andaba buscando. Una historia arriesgada, apasionante, peligrosa… y ahora la tenía frente a mí. No podía decir que no.

—Dime lo que deseas —me pidió con suavidad.

—Deseo estar junto a ti por toda la eternidad. Estoy lista para dar el siguiente paso —dije, decidida, aunque un poco asustada.

Lo deseaba más que a cualquier cosa en el mundo. Él me besó apasionadamente. Nos abrazamos. Yo esperaba el beso mortal, pero él parecía detenerse cada vez que lo intentaba.

—Estoy dispuesta a entregarlo todo por estar a tu lado. No te detengas —dije impaciente.

Sonrió, mientras sus manos frías recorrían mi cuello. Mi corazón se aceleraba más y más, y mi estómago albergó a todas las mariposas del mundo en un instante. Solo esperaba ese momento en el que dejaría de ser humana para convertirme en una de los suyos… Esa mordida sellaría nuestro destino juntos por toda la eternidad.

Pero ese instante nunca llegó.

Cuando abrí los ojos, ya no estaba ahí conmigo. Se había marchado.

Tampoco me encontraba en Rumania. Estaba en mi cuarto. Sentada frente a mi computadora, sola… Miré a mi alrededor y todo seguía como antes. Los mismos libros en una esquina, la taza de café frío y mis espejuelos en el escritorio. Nada había cambiado… solo yo. No sentía ser la misma.

Algo había sucedido dentro de mí. ¿Lo habré soñado? Esa historia era real. No podía haber imaginado todo.

Mi cuello… mi cuello me ardía, pero no lograba ver nada. No había rastros de mordidas. Sin embargo, sentía el vacío. Ese amor prohibido o maldito que nunca fue… o que solo vivió en mi imaginación.

El cursor titilaba en espera de más palabras por escribir. Ahí estaba la historia escrita hasta el momento en que decidí entregarme a él…

De pronto, escuché un aullido.

Era mi perro, Enzo, que ladraba con furia hacia la pared. Al verme, se acercó nervioso y me olió con algo de desagrado. Después de un rato, se tranquilizó y me lamió la cara.

Cuando regresé a la computadora, el final de la historia ya estaba escrito… pero yo no había escrito nada. ¿O sí?

“No hubo mordida, no hubo eternidad. Solo la certeza de que nunca estuve sola. Ahora estoy aquí y él está observándome.”

La pantalla de la computadora se apagó de golpe.

Mi perro volvió a ladrar y, en la oscuridad, sentí su frío aliento.

Yari Morales

Meta AI

LA MASACRE DE TEXAS

El niño mostraba una imaginación sensacional. A su corta edad, le gustaba crear historietas, hacía origami en hojas recicladas, sus propias caricaturas y muñecos de plastilina. Destacaba en el colegio, en sus primeros años de estudio, por sus notas en dibujo artístico. Decían que "Dylan" sería alguien que marcaría la historia de todos, porque su arte traspasaría las fronteras de Texas e incluso podría llegar al cine. Y así fue. En verdad, el muchacho era bueno imaginando.

Todo iba bien hasta que empezó la pubertad. Se vinieron los cambios hormonales, el crecimiento, y la niñez cedió su lugar a la adolescencia. Poco a poco fueron cambiando sus gustos y hábitos. Pasó de ser un chico sociable a un ermitaño. Se fue aislando de todos. Reemplazó la sonrisa por un semblante palidecido. Usaba suéter oscuro y pasamontañas, tapaba su rostro casi siempre; parecía que, día tras día, perdía el color, el alma… la vida misma.

Todos se preguntaban por qué Dylan habría cambiado tanto. Sus padres lo interrogaban y él, con frialdad, respondía que no pasaba nada. Ya no era aquel joven dulce y agradable. Sus padres comenzaron a hondar hacia dentro en busca del problema. Coincidieron en que pasaban mucho tiempo fuera de casa trabajando. Papá era ingeniero y además colaborador del guardabosques. Lo ayudaba podando árboles en sus ratos libres, pues lo aprendió de su abuelo y era algo que le encantaba hacer. Mamá era secretaria en la gobernación. Realmente, el tiempo que le dedicaban a su hijo fue escaso la mayoría de sus años. Lamentaron darse cuenta a esas alturas. La infancia se fue con los juguetes que los esperaron muchas veces junto a Dylan. Su hijo ya no tenía tiempo para un juego de mesa. Él pasaba horas en los videojuegos e historietas. Claramente, no era suficiente tenerlo todo. "Cuánta falta le hicieron papá y mamá".

Sucedió que empezó a hacerse visible algo en él. Su silencio era cada vez más tenebroso. Se internó en un personaje que creó: "Un asesino en serie". El tal disfrutaba el placer de hacer sufrir a sus víctimas. El sadismo se incrustó en su corazón y ver sufrir le generaba placer. Quiso experimentarlo en otro nivel.

El joven tenía una novia muy hermosa, a la que convenció de que juntos desfloraran la inocencia. Después de la primera vez, ella notó que él ya no era dulce. Cada vez que iban a

la cama, era más agresivo. Lo amaba tanto que quiso ayudarlo, dándole consejos al ver su cambio abrupto. Por el contrario, el chico dejó de responder a la ternura de “Keyla”.

Un día, a la hora de hacer el amor, intentó ahorcarla, por lo que Keyla tomó la decisión de irse, no solo de su lado, sino también de la ciudad y del país. Les contó a sus padres lo que sucedía con su novio y, como al igual que él, ella era hija única, no dudaron en marcharse sin dejar rastro. Dylan no comprendió el abandono de Keyla. La buscó desesperadamente. Ella era la única que le hacía sentir algo bonito. Creyó que la tendría siempre, pero la jovencita no quiso verlo más. Conocía el amor, y lo que pasaba entre ellos ya no lo era. Sin embargo, tuvo un último gesto, dejándole una carta el día en que se marchó. Era día de San Valentín. Le explicó con detalle el porqué se iba de su lado. Él no lo entendió. A partir de allí, creyó que el amor no era real y que de nada servía vivir. Ese día, Dylan tuvo una terrible visión.

El éxtasis

Comenzaron a ocurrir cosas extrañas: muertes violentas. El caso que atemorizó al estado fue un misterio hasta que, en determinado momento, después de muchas vidas cobradas, se descubrió en el patio de su casa que las vidas que habían sido cegadas en Texas fueron descuartizadas con la sierra que su padre le había regalado y tenía sus huellas dactilares.

Al despertar, la razón le hizo volver en sí. Bajó rápidamente a la recámara de sus padres y les contó lo que le estaba pasando. Al amanecer, su padre le preguntó si quería que fueran a terapia familiar y él accedió. Después de un año y tres meses de ardua restauración en la familia, Dylan pintó su habitación de colores claros, se deshizo de la ropa oscura y fue cambiando sus hábitos y el enlace que tuvo con la oscuridad.

El joven ya se encontraba cursando el último año para salir de la secundaria y se había unido al equipo de básquetbol, donde le iba muy bien por su gran tamaño. El haber buscado ayuda fue lo mejor que pudo hacer por su alma. “Hubiera sido mucho mejor si hubiera continuado”.

Aconteció que, en la noche de Acción de Gracias, Keyla apareció en su casa, junto a sus padres, para compartir la oración en la mesa. Él quedó maravillado al verla y ella se sintió igual. Tomó asiento a su lado, oraron juntos y sonrieron por haberse visto de nuevo.

Horas más tarde…

Era de madrugada. Los búhos y la neblina acompañaban a Dylan mientras huía desesperadamente entre los arbustos. De pronto, cayó boca abajo en la alfombra de hojarasca, quedando inconsciente en el momento. Al despertar, en lo espeso del bosque, en el más frío silencio nocturno… la maldita sierra estaba en sus manos, llena de sangre.

María Isabel Méndez

NAVAJAS

Observaba a las mujeres rubias desde la ventana del departamento abandonado del primer piso del edificio ubicado en la calle Callao, oculto detrás de las cortinas para que nadie pudiera verlo desde el exterior y advirtiera la extraña conducta del sujeto.

Allí estaba parada en la esquina; vio que sacó del interior de su bolso un móvil, marcó un número; instantes después, oía el timbre de un celular que sonaba en el cuarto.Se alejó de la ventana, tomó su teléfono y atendió; del otro lado, una voz de mujer le dijo:

–¡Hola, Boris! Te estoy esperando aquí frente al bar de los italianos, como quedamos.

–Hola, Sheila. No me olvidé de la cita; ya bajo y voy a verte.

El sujeto se puso unos bigotes rubios y una peluca del mismo color; luego, en forma rauda, abandonó el departamento y fue al encuentro de Sheila.

Minutos más tarde, se hallaba la pareja; el hombre besó a la mujer en la mejilla y ella le correspondió de la misma manera. Luego se dirigieron hacia el bar de los italianos.

Ya en el lugar, ambos se sentaron en una mesa y el mozo se acercó a atenderlos; ambos pidieron un café con medialunas.El mozo tomó el pedido y fue hacia la barra para pedir el encargo; mientras esperaban, Sheila miró al hombre y le dijo:

–Pensé que no te conocería, pero veo que dijiste la verdad en el chat de Tinder y cumpliste.

–Siempre cumplo con mi palabra.

–Eso veo.

–La verdad que eres muy bella, y verte personalmente es mucho mejor.

–Adulador; a todas dirás lo mismo.

–Tú no eres cualquiera; yo te elegí para ver si en esta cita podemos empezar a concretar algo y conocernos.

–¡Eres encantador!

Regresó el mozo trayendo en la bandeja dos tazas de cafés humeantes y las medialunas; él pidió azúcar, al igual que ella.

Mientras ella se distrajo unos segundos viendo el noticiero en el televisor, él aprovechó aquella circunstancia para sacar una pequeña botella blanca y vertió sobre el café tres gotas de aquel extraño líquido; luego cerró la botella y la hizo desaparecer entre sus ropas.

Sheila volvió su mirada hacia Boris, mirándolo sonriente.

–Se ve que te gustan las noticias.

–Me gusta estar informada.

Prosiguieron la charla; la mujer endulzó su taza de café, al igual que él; el sujeto estaba pendiente de Sheila, observando su comportamiento hasta el más mínimo detalle.Veinte minutos más tarde, comenzó a surtir efecto la droga que había introducido en el café de su acompañante.

–Me siento mareada y con sueño, Boris; llévame a mi casa.

–Bueno, llamó al mozo y le pagó.

Hizo señas con su mano; el mozo fue hacia la mesa; Boris abonó la consumición; luego, tomó a Sheila de la mano y le pasó la mano por su cintura.Ella sentía que todo le daba vueltas como un carrusel; difusamente pudo ver que el hombre estaba a su lado y luego perdió el sentido.

Boris tomó entre sus brazos a Sheila, quien se desmayó, y la llevó a su departamento.Ya en su interior, depositó el cuerpo de ella en el sofá; una sonrisa diabólica se dibujó en el rostro; por fin podría obtener lo más preciado que tenía aquella mujer.

Mientras realizaba los preparativos, recordaba que no tardó mucho en tomar la decisión de incursionar en esa actividad que le propuso su vecino del departamento del lado; pero su situación económica era tan desesperante que estaba a punto de tambalear, y la única salida era aquella opción tentadora.

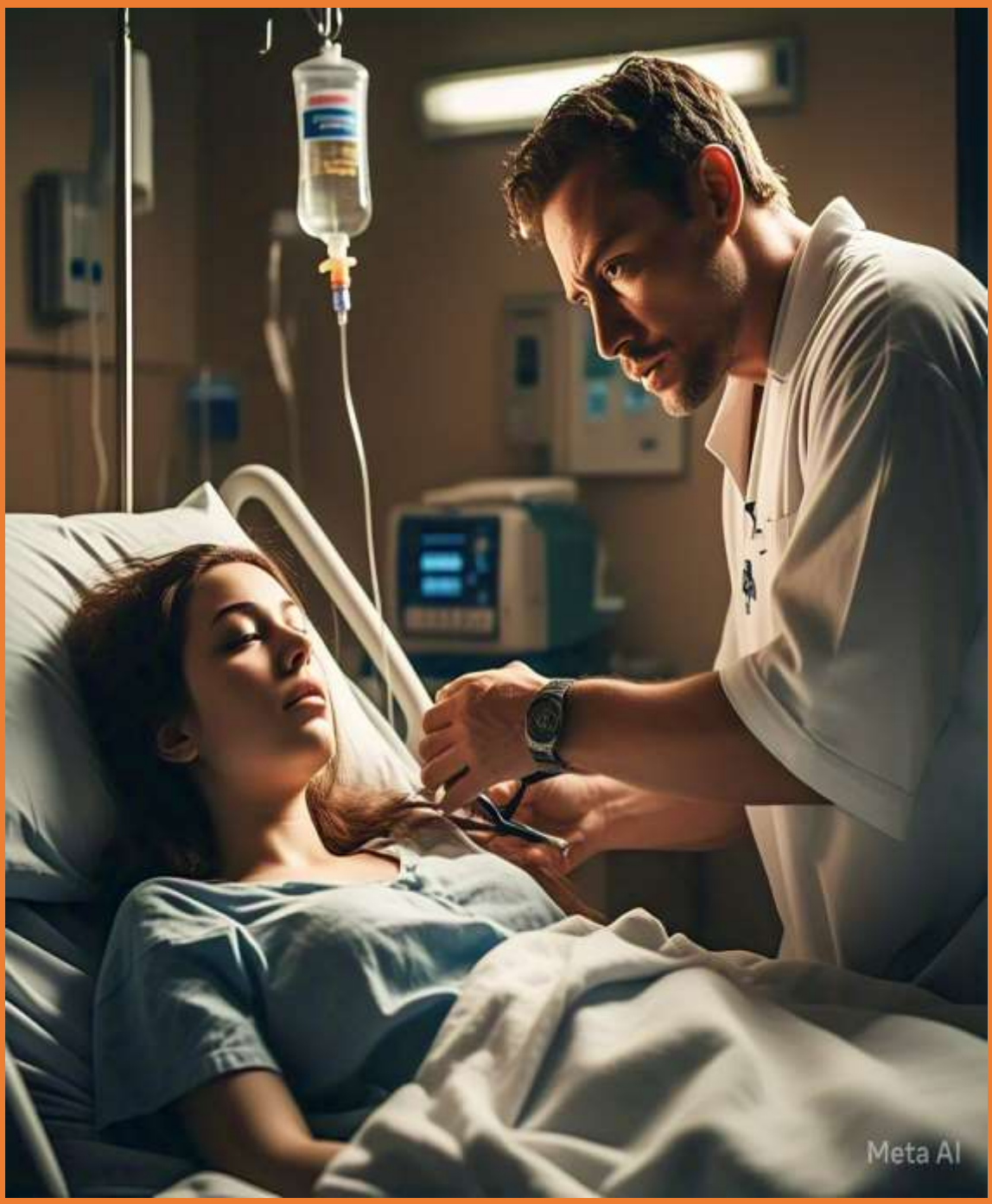
Ya llevaba cierto tiempo en el rubro, y su trabajo comenzaba a ser admirado por el esmero y preparación de la mercancía que le llegaban a pagar ocho mil pesos cada unidad.

Pues bien, mojó los cabellos rubios de la mujer con abundante agua que sacó de una palangana; posteriormente, tomó un par de tijeras y comenzó a cortar el pelo de Sheila; a medida que iba avanzando con el corte, el cabello, este iba cayendo al suelo; transcurrió como una media hora hasta que finalizó su tarea, dejándola calva.

Luego recogió el cabello del suelo y lo guardó en una bolsa; luego se quitó la peluca y los bigotes postizos, los guardó en su bolso, abandonó el lugar dejando a la mujer desmayada.

Otra víctima más de Navajas, como lo apoda la policía de la Ciudad de Buenos Aires, al ladrón de cabellos buscado por toda la metrópoli.

Ariel Sosa Mansilla


Meta AI

EL AMOR EN TIEMPOS DE SAN VALENTÍN

Cada 14 de febrero, el mundo celebra el amor de una manera única y especial, recordando tanto sus orígenes históricos como las tradiciones románticas que han perdurado a lo largo de los siglos. Aunque hoy en día se ha convertido en una jornada dedicada a la expresión del cariño y el afecto, San Valentín no solo es un símbolo del amor contemporáneo, sino también un puente que une la historia sobre la figura del santo patrono y las costumbres que han evolucionado en diversas culturas a nivel global.

Contexto Histórico y Biografía del Santo Patrono

La figura de San Valentín, cuyo relato se funde con leyendas y hechos históricos, ha sido reconocida desde la antigüedad por su compromiso con el amor y la solidaridad. Se dice que, durante el siglo III en Roma, en un tiempo marcado por la persecución a los creyentes, este santo desafió la normativa imperial permitiendo a los enamorados casarse en secreto. Aun cuando existen diversas versiones de su historia, la narrativa común resalta su valentía y la importancia de defender el derecho al amor, incluso ante grandes adversidades.

Según varias crónicas, Valentín actuó en contra de decretos que prohibían las uniones matrimoniales, asumiendo el riesgo personal en defensa de una ceremonia sagrada. Esta actitud desinteresada y centrada en la fe y el amor verdadero lo convirtió en un mártir que, al final, se ofreció a sí mismo como testigo del poder del amor. Con el paso del tiempo, su nombre quedó indisolublemente ligado a la celebración de relaciones amorosas, convirtiéndose en un símbolo tanto religioso como cultural.

Celebración

En Argentina, el Día de los Enamorados se acostumbra a regalar flores y bombones. Algunas personas suelen contemplar ideas como llevar mariachi, un ramo de flores, realizar una cena romántica o visitar algún lugar de la ciudad.

En Guatemala se celebra el Desfile del Amor Antiguo, donde los ciudadanos mayores recorren las calles en carrozas festivas.

En algunos países como Nicaragua, Panamá, Perú y Costa Rica, el festejo es más amplio porque se celebra el amor y la amistad.

En Brasil, los brasileños celebran a San Antonio, santo patrono del matrimonio y del emparejamiento, el 12 de junio.

En Colombia, el 14 de febrero es un día normal, puesto que el país sudamericano tiene su propia fecha para conmemorar el Día del Amor.
El amor se ha perpetuado con el correr de los siglos y lo importante no es que haya un día especial, sino que esté presente siempre en nuestras vidas como un sentimiento verdadero.

SEDIENTO DE TI

Llegas para iluminar mi tarde oscura,
cuando el sol agoniza.
Habitas para ahuyentar las sombras,
desterrar soledades.
Mi garganta está sedienta de tus besos.
Bebo del oasis de tu fantasma,
para calmar mi sed de tu memoria.
Agua divina en el desierto de la impaciencia,
dádivas infinitas que alimentan mi espíritu.
Espero por el viento,
para llegar a ti.

Michel Pérez Pino

ENAMORADOS Y UN PIANO

Hay amores que traspasan el tiempo.

En su torre de ladrillos vivían ellos, ella se nombraba Lucía y él se llamaba Ramón.

Tocaban siempre el piano, fortaleciendo su amor; cada noche tocaban y tocaban juntos los dos.

Ramón esperaba a Lucía justo a las ocho; para ella traía golosinas, y para él, un bizcocho.

Se sentaban hasta tarde, disfrutando de aquel manjar; tocaban y tocaban siempre en aquel lugar.

El piano era viejo, tanto como su amor, pero aún de él salían muchas melodías, como un barco a todo vapor. Placenteras melodías escuchaban Ramón de Lucía y así le demostraba más ese cariño que sentía.

Ella, como pianista, al tocarlo lo transmitía y él, en aquel sofá rojo, lo apreciaba con empatía.

Era una tarde muy fría y el cielo lloraba furioso; Lucía tenía tos y el cuerpo sudoroso.

Al verla así, comenzó a ponerse sollozo.

—Espera, amor mío, y estaré mejor —le dijo con mucho miedo Lucía a Ramón.

—Voy a buscar ahora, debajo de esta tormenta, al doctor de este poblado.

Ella le contestó:

—¡No vayas, quédate a mi lado!

Amaneció ese día con un sol brillante; los pajarillos no cantaban como lo hacían antes.

Despertó Ramón, llamando a Lucía:

—Mi amor, ya estamos en un nuevo día.

No responde, apenas la escucha respirar, y Ramón, desesperado, comenzó a gritar:

—¡Busquen un médico, corran, busquen al doctor que mi mujer no despierta y me sangra el corazón!

Triste fue la noticia de la partida de Lucía; Ramón se quedó allí, solo, sin rumbo en la vida.

Pasaron los días, los meses, y Ramón allí seguía, desconsolado y solo, como un alma desfavorecida. Siempre miraba el retrato de ella cuando reía, miraba aquel piano viejo, se paraba y lo sacudía.

El polvo lo estaba vistiendo y él todos los días extrañaba aquellas noches en las que su amada le componía.

Día de mucho frío, había un silencio en el hogar; las personas se preguntaban:

—¿Dónde estará?

No se movían las ventanas y ya hacía unos días el piano dejó de sonar.

Ramón estaba dormido sobre aquel rojo sofá.

Dormido en un sueño profundo, eterno y puro como el mar.

Ya estaba viejito, no tenía fuerzas para andar, se recostó un rato y se fue a descansar en paz.

Todos entristecieron al saber la noticia de la muerte de los dos; ella murió de enferma y él, solo de amor.

Cuentan que en las noches se escucha el piano andar; dicen que los enamorados comienzan a tocar.

Yosdani Fusté

DÉJAME SOÑARTE

Déjame soñarte a ritmo de marcha,
orbitando en la ondulación de los vacíos
que se aceleran desde el umbral de mis sentidos
y entre las vocales desprendidas de tus nombres,
en el umbral de mis sueños, retumbando en mi pecho.

Déjame soñarte a mitad del silencio, penetrando los abismos
con todas las ansias merodeando mis sueños,
entre el deseo y un lápiz que grafica esta pasión dispersa,
uniendo nuestras almas, siempre ardiendo…
absortos en la poesía que fluye por nuestras venas.

Déjame amalgamarme al tacto de tus sueños,
reconquistando la risa y ensayando el canto,
con la ternura despierta en mis adentros, palpando esperanzas,
renaciendo en marejadas bajo el efluvio de esta pluma,
germinando mi epicentro con sabor a verbo de mis ganas.

Déjame soñarte en la estrechez de la codicia
y con el frenesí del hambre de mis antojos,
con el vértice del hechizo del alma en contrastes,
con la intuición de la gloria deshojando el silencio.
Déjame soñarte haciendo eco en un único latir.

Esperanza Renjifo

UN LOCO EN LA COLINA

Dicen que existen locos.
¿Es cierto? No lo sé.
Puede ser, tal vez exista uno,
allá, en la colina.
Prepara el café en las mañanas,
mañanas nubladas o de sol.
En las tardes teje abrigos.
¡Total, el frío nunca llegó!
En las noches, sin leer, no se duerme.
Quizás sueñe, quizás no.
Dicen que el loco no tiene enemigos,
tampoco amigos.
No cena manjares,
no tiene manías,
no tiene defectos,
tampoco virtudes.
Él, los fines de semana, imagina el oleaje,
los bosques,
los ríos.
Imagina que es viento,
abrazo, un beso.
Y al pasar de los años, su piel es testigo,
de las veces que la carta
no quiso llegar.
Dicen que un loco, allá en la colina,
siempre anda desnudo,
no tiene pudor,
(quizás lo perdió).

Tampoco se baña,
las manos le sangran,
(sobretodo en abril).
¡Pobre! Murmuran algunos,
aunque la mayoría ya lo olvidó.
¡Un loco! ¿Un loco?

Anniabel Martínez Gómez

EL POEMA DE LA GUERRA

Frío yermo, son de la muerte.
Uno, dos, tres, disparo.
Cae bajo los escombros aquel enemigo.
Mi dedo sobre el gatillo está sereno y tranquilo, mi objetivo ha sido destruido, sus sesos volando en los aires, me llenan de alivio, mientras un suspiro me da la tranquilidad de que todo ha terminado.
Enemigo por el cual es mi gran objetivo, ha muerto gracias a mis entrenos, gracias a dar la vida por el mundo, o más bien por las vidas dignas de este asqueroso mundo.
Uno, dos, tres.
Cae mi segundo objetivo, mi dedo está intranquilo, casi me detectan, he hecho demasiado ruido, pero había dos en vez de uno, esta absurda guerra terminará.
Suspiro, otro alivio, para eso entrené, para matar a quienes han marchitado la tierra con sangre de jóvenes inocentes, inocentes cautos, víctimas de las fauces famélicas por el poder.
Quiero disparar nuevamente, otro maldito objetivo. Ese era yo rodeado por mis enemigos.
Uno, dos, tres.
La guerra para mí ha terminado, soy mártir, pero al tiempo soy Salvador, un salvador anónimo, que prefirió el suicidio a una vil tortura y ejecución.
Espero que ese maldito dictador y su general, estén en el infierno, allá los espero.

Mrs. Daniel

PÁJARO ENAMORADO

Me poso en tu ventana para verte despertar,
tu sonrisa es mi sol, cabellos color del trigal oro,
mientras mi trino ensaya una nueva melodía para tus oídos.

Nunca sabrás que soy tu enamorado emplumado tricolor,
que solo se conforma con cantarte en cada amanecer.

Ariel Sosa Mansilla

ERES BELLEZA PARA MI MUNDO

No te conozco más allá de la magia que traen tus versos,
pero déjame decirte, compañera, que, al verte,
hay algo que en mi pecho no se queda quieto,
un temblor, un susurro, como si el corazón tuviera prisa.

No solo es tu rostro el que me deja sin palabras,
es esa mirada que pareciera contar historias escondidas,
o esos labios, que deben ser los guardianes de mil poemas
esperando su turno para nacer.
Es algo más. Es lo que tus manos crean
cuando toman la pluma y dejan que las palabras fluyan.

Vos tenés ese don, ese talento que no se aprende,
que nace con uno como un susurro del universo.
Escribirte no es fácil, pero vos lo hacés parecer sencillo.
Cada línea que compartís en nuestro grupo
es como un pedacito de tu alma,
un regalo que dejamos caer sobre los ojos,
y luego en el corazón.

Y aunque no te conozco más que por esas palabras
y la imagen que hoy tengo frente a mí,
te siento como alguien especial.
No solo porque seas hermosa, que lo sos,
sino porque hay algo en vos,
algo que va más allá de lo que se puede explicar.

No es solo la forma en que la luz parece bailar en tu cabello,
ni cómo tus ojos parecen guardar secretos

que solo tus poemas se atreven a revelar.
Es esa mezcla, ese misterio
de quien sos y lo que hacés,
de lo que mostrás y lo que escondés.

Hay una belleza en vos,
que no es solo física ni solo talento.
Es como si el universo hubiera tomado su tiempo
para formar en vos un equilibrio perfecto.
Una mujer que es musa y poeta,
arte y artista, inspiración y creadora.

Te soy sincero, no sé si esto lo leas algún día,
pero me nace decirlo.
Cuando te vi en este grupo, sentí que algo dentro de mí despertaba,
como si un poema que llevaba escondido
hubiera encontrado su razón para ser escrito.

No sé si a vos te pasa,
pero hay momentos en que uno se siente pequeño,
en que el mundo parece demasiado grande
y uno busca algo que lo devuelva a la vida.
Eso es lo que siento cuando te veo y leo lo que escribís.
No sé si lo hacés a propósito,
pero tus palabras tienen ese poder.
Hacen que uno sienta, que uno piense,
que uno vea la vida con otros ojos.

Y es que no cualquiera puede hacer eso.
Escribir, sí, muchos lo intentamos,
pero vos tenés esa chispa,

ese algo que hace que cada palabra
parezca más grande de lo que es.

Me encantaría saber de dónde viene eso.
Si es algo que heredaste,
si es algo que descubriste con el tiempo,
o si simplemente la vida te eligió
para que fueras una de esas personas
que convierten lo ordinario en algo extraordinario.

No sé si esto ya suena a mucho,
pero solo quería decirlo,
porque creo que a veces,
en un mundo tan lleno de palabras sin sentido,
es importante que alguien te diga:
“Sos especial”.

No solo por cómo te ves,
aunque claro, sería mentir si no lo mencionara,
porque hay algo en tu sonrisa
que parece capaz de detener el tiempo.
Pero más que eso,
sos especial por cómo hacés que otros se sienten,
por cómo tus palabras tocan fibras
que ni uno mismo sabía que estaban ahí.

Te admiro, aunque no te conozca.
Admiro lo que hacés,
admiro cómo lo hacés,
y admiro que, sin siquiera intentarlo,
se nota que sos alguien que deja huella allá a donde va.

Así que, compañera,
esto no es solo un poema,
es un agradecimiento.
Gracias por ser quien sos,
por escribir como lo hacés,
y por recordarme que, en este mundo,
a veces tan complicado,
existe la belleza en todas sus formas.

Ojalá algún día pueda conocerte más,
escuchar de tu propia voz
lo que tus poemas susurran en secreto.
Porque si con tus palabras lográs tanto,
no puedo imaginar lo que sería escuchar tu historia.

Así que aquí te dejo estas líneas,
no tan perfectas como las tuyas,
pero llenas de verdad.
Porque cuando uno siente,
es mejor decirlo que guardarlo,
y yo siento que sos de esas personas
que hacen que el mundo sea un poquito mejor.

Nelson Pérez

Meta AI

SI SUPIERAS

Si pudieras saber que mi corazón ha recuperado su latido,
que mis ojos han renacido en su brillo, que mis labios han vuelto a sonreír,
y que mi piel anhela tus caricias y besos,
tal vez entenderías que mi mundo cobra vida gracias a ti.

Eres la perfección imperfecta que mi alma siempre había deseado,
y la tormenta que habitaba en mí se disolvió
el día en que nuestras miradas se cruzaron.

Si tan solo pudieras vislumbrar lo que guardo en mi pecho
o cómo mis ojos gritan tu nombre en silencio.
Que no hay un solo instante que no deje de pensar en ti.

Jade Nocturno

Copyright © 2025 Reino Olvidado
Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.
Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.
Impreso en Argentina